

años, había podido estudiar todas las reformas que trató de realizar como ministro. El 25 de mayo de 1884 presentó un proyecto de reorganización del ejército, que suprimía el servicio voluntario de un año y reducía á tres años el servicio obligatorio; creó las secciones técnicas, estableció un nuevo sistema de proposiciones para el ascenso y para los nombramientos y promociones de la Legión de honor. Había, pues, dado pruebas de ser un administrador activo y muy enterado de las cosas, como las había dado de ser un excelente militar, cuando sobrevinieron las dos interpelaciones de la Cámara y del Senado sobre la baja de los príncipes oficiales en el ejército. Si el ministro de la Guerra hubiese aplicado á los príncipes el artículo 4.º de la ley de 22 de junio de 1834, á nadie hubiera podido extrañar; pero á las victorias de estas medidas les sorprendió la aspereza que el general Boulanger había mostrado contra su antiguo jefe del 7.º cuerpo de ejército, el duque de Aumale, y dieron publicidad á varias cartas en que el coronel Boulanger trataba á *Su Alteza Real* con unas formas y una afectación de cortesanía que el respeto jerárquico no reclamaba. Si el general hubiese reconocido lealmente sus cartas, todo hubiera concluido; pero tuvo la mala inspiración de negar su autenticidad, y se vió luego obligado á confesar que eran realmente suyas. Desde aquel momento todas las personas serias y de rectitud de alma le tuvieron por sospechoso. Y su desconfianza no hizo más que aumentar cuando amigos imprudentes comprometieron al general con la exageración de sus elogios, cuando ciertos periódicos, que tomaban la consigna en el gabinete del ministro, lo presentaron á la vez como un dictador posible y como el futuro general de la revancha, cuando *El Intransigente* y *La Linterna*, que habían derribado sus ídolos, levantaron uno nuevo.

La revista del 14 de julio de 1886 fué brillante como pocas; algunos destacamentos que habían tomado parte en la «epopeya» del Tonkín figuraban en ella con el teniente coronel Dominé, el héroe de Tuyen-Quan. Su presencia no justificaba el extraordinario entusiasmo de que fué exclusivo objeto el ministro de la Guerra. No se trataba ya de los héroes de la fiesta, ni del presidente, ni de los representantes, ni de la República. La muchedumbre delirante sólo tenía ojos para el caballo negro y vivas para el hombre que lo montaba. Desde Longchamps hasta el ministerio de la Guerra fué una larga ovación. En vano se había trabajado durante diez y seis años para la regeneración de la patria, para el restañamiento de sus heridas, para la reforma de sus costumbres. Todo aquel trabajo no había servido más que para un hombre. Renacía el antiguo espíritu. Los destinos del país dependían de un soldado de fortuna. Estaban muy ciegos los que no lo vieron aquel día, y fueron muy culpables los que, viéndolo, cerraron los ojos á la luz.

La legislatura ordinaria de 1886 se cerró el 15 de julio; de la obra legislativa realizada en ella, sólo merecen señalarse una ley de enseñanza de que más adelante hablaremos y otra sobre los azúcares que fué discutida desde el 7 hasta el 24 de junio en la Cámara y adoptada el 8 de julio por el Senado. El sistema de la ley de 29 de julio de 1884, que cargó sobre la remolacha á su entrada en las fábricas el impuesto que antes

pesaba sobre los productos fabricados, había hecho perder al Tesoro, desde la aplicación de la ley, unos 40 millones, cifra de beneficio realizado por los fabricantes. Para atenuar la pérdida del Tesoro, el gobierno hubiera podido aumentar algo el rendimiento de la tasa legal, pero se lo impidieron los proteccionistas y tuvo que consentir en un cambio de tasas pedido por las colonias azucareras francesas y en la propagación del recargo sobre los azúcares extranjeros.

La ley sobre la Caja nacional de retiros para ancianos, adoptada por la Cámara con las modificaciones que el Senado había introducido en ella, fué promulgada el 29 de julio. La gerencia de la Caja de retiros corre á cargo de la administración de la Caja de depósitos y consignaciones. Constituyen su capital de rentas vitalicias las cuotas voluntarias de los imponentes. El máximo de rentas vitalicias que la Caja puede inscribir sobre una misma cabeza es de 1.200 francos. Puede empezarse á cobrar la pensión á la edad de cincuenta y cinco años, y antes, en caso de heridas ó achaques.

Las vacaciones parlamentarias, que duraron desde el 15 de julio hasta el 14 de octubre, no ofrecieron en el interior más que un acontecimiento de interés general: las elecciones provinciales del 1.º y del 8 de agosto. Después de su triunfo de 1885, los conservadores fundaban grandes esperanzas en dichas elecciones, esperanzas que vieron fallidas, pues no ganaron más que 15 puestos; en vista de lo cual, los más avisados constituyeron una derecha republicana, con un programa cuyo primer artículo fué el acuerdo con los antiguos republicanos sobre el terreno de la Constitución.

En el mes de agosto estalló una huelga en Vierzón, entre los obreros de *La Sociedad francesa de material agrícola*. La huelga, al principio, fué pacífica, porque los iniciadores no pudieron decidir á los diputados socialistas ni á los redactores de los periódicos revolucionarios á que fueran á encontrarlo todo. Cuando *La Sociedad* volvió á abrir sus talleres, á principios de octubre, los huelguistas quisieron impedir la entrada á los trabajadores, emprendiéndola á palos y á pedradas con ellos é hiriendo á muchos. La gendarmería y la infantería prendieron á varios revoltosos, entre ellos un diputado provincial y un concejal que fueron condenados á prisión y á la pérdida de sus derechos civiles.

El gobierno que acababa de indultar á Luisa Michel después de haber indultado á los Sres. Duc-Quercy y Roche, condenados por haber intervenido en los disturbios de Decazeville, no era sospechoso de animosidad contra los huelguistas ni contra sus protectores. Pero ello no impidió que fuese rudamente interpelado por los Sres. Maret, Millerand, Camelinat y Basly á propósito de los incidentes de Vierzón. Los Sres. Sarrien y Demôle justificaron la conducta del gobierno y aceptaron una orden del día propuesta por el Sr. Steeg. Era ésta una aprobación, con la confianza de que la energía del gobierno sabría mantener la tranquilidad pública y la libertad de los trabajadores. Pero, en vez de este voto de confianza, la Cámara aprobó la orden del día pura y simple, lo cual fué considerado como un voto de censura por el Sr. Sarrien, que salió del salón de sesiones anunciando que iba á presentar su dimisión; Sadi-Carnot, cuyos proyectos financieros encontraban poca aceptación en la Cámara, le hubiera seguido: Bai-

haut y Develle hubieran hecho probablemente causa común con sus colegas, y el gabinete, privado de todos sus elementos moderados, se hubiera disuelto.

Esta perspectiva inquietó al presidente de la República, que hizo vivas instancias á los ministros para que continuaran en sus puestos y el gabinete tuvo cinco semanas más de una existencia muy combatida. El único ministro que se retiró, porque encontró humillantes las condiciones hechas á los moderados y á la unión de las izquierdas, fué Baihaut, que fué reemplazado por el Sr. Millaud, senador del Ródano. Grevy había temido una crisis que le hubiera puesto en un grave apuro, dado el estado de división de los partidos y que hubiera estallado muy inoportunamente, en plena discusión de los presupuestos. Radicales y moderados continuaron viviendo unidos durante unos cuantos días, bajo la presidencia de Freycinet.

En 1886, como en 1885, Sadi-Carnot presentó unos presupuestos sinceros y osados, logrando realizar en los departamentos ministeriales una economía de 50 millones, que había de aliviar los presupuestos de 1887, pero que no alcanzaba á cubrir el déficit. Al formarse los presupuestos de 1887, había que suplir á una deficiencia de ingresos de 206 millones, y el gobierno se había comprometido, en su manifiesto de 16 de enero, á no contratar empréstito alguno, á no crear ningún impuesto nuevo y á fundir el presupuesto extraordinario en el ordinario.

Carnot proponía reformar el impuesto sobre las bebidas doblando el precio de la autorización y elevando de 156 á 215 francos por hectólitro la tasa del alcohol. Mas como esta reforma no había de proporcionar una suma suficiente, el ministro de Hacienda encontraba un suplemento de recursos en una combinación muy sencilla. La Asamblea nacional había inscrito en el presupuesto del ministerio de Hacienda un capítulo sobre la amortización de las obligaciones sexenarias. Había 466 millones de estas obligaciones transformables en deuda perpetua mediante una emisión de rentas, y esta emisión, que Carnot se proponía hacer de 1.466 millones en 3 por 100, hubiera permitido cubrir 152 millones de obligaciones á breve término para atender á los gastos extraordinarios de 1886, 105 millones necesarios para la reforma ó complemento del armamento y 750 millones destinados á reembolsar á la Caja de depósitos y consignaciones. La Comisión, menos osada que el ministro, no autorizó sino un empréstito de 500 millones, que se verificó el 10 de mayo. El Estado ofrecía cerca de 19 millones de rentas y el empréstito fué cubierto veinte veces. Pero la principal combinación de Carnot quedaba malparada, y lo quedó mucho más cuando la Comisión se negó á suprimir el presupuesto extraordinario, á convertir en rentas perpetuas las obligaciones sexenarias y á admitir el recargo sobre el alcohol. Varias veces el ministro estuvo á punto de dimitir. Sólo por patriotismo consintió en conservar la cartera y seguir las evoluciones de unos presupuestos que no eran ya los suyos. La comisión, calculando que el déficit sería de unos 154 millones, proponía cubrirlo con la supresión del privilegio de los destiladores (40 millones), el recargo de los derechos sobre los cereales (cerca de 10 millones), las economías á realizar (15 millones), la cuadruplicación de las licencias (26 millones),



El general Boulanger

ticia criminal, en los tesoreros generales y en los recaudadores particulares, reducciones operadas contra la voluntad del ministro de Hacienda por una Comisión omnipotente, en presencia de un gobierno inerte, cuyas sutilezas y vacilaciones exasperaban á todo el mundo.

Al paso que Sadi-Carnot, mal sostenido por el presidente del Consejo, no pudo conseguir que la comisión aceptase sus presupuestos, el ministro de Instrucción pública, de Bellas Artes y de Cultos, dejado enteramente libre en su departamento, realizó en él la obra más útil de aquel gobierno; hasta pudo empezar á realizar su proyecto de separación de la Iglesia y del Estado. En la discusión entablada el 1.º de junio, en la Cámara, sobre la abrogación del Concordato, el Sr. Goblet se mostró favorable á la toma en consideración, á fin de permitir ulteriormente un estudio profundo de tan grave cuestión. La toma en consideración fué votada, pero la hora del estudio profundo no llegó por entonces.

En materia de enseñanza, los resultados obtenidos por Goblet y debidos á su enérgica iniciativa, fueron mucho más importantes. En la enseñanza superior, numerosas circulares, tan claras como imperativas, facilitaron la aplicación de los decretos de julio y diciembre

de 1885 y acostumbraron á los consejos generales de las Facultades á la práctica de una libertad muy nueva para ellos.

Un decreto de 8 de agosto de 1886 puso en vigor los nuevos programas de la segunda enseñanza especial que el consejo superior había adoptado en julio. La enseñanza debía comprender dos lenguas vivas en vez de una y durar seis años en vez de cinco. El método general de la nueva enseñanza fué calçado, con poco acierto, sobre el de la enseñanza clásica: consistía en dar, en lo posible, á los alumnos no destinados á las carreras liberales una cultura tan literaria y desinteresada como á los alumnos de la enseñanza clásica. Goblet tuvo, sin embargo, el mérito de comprender muy bien que la revolución económica y social del siglo XIX determinaba otras revoluciones, que el sistema de educación de un Estado aristocrático, gobernado por una clase selecta, elegante y rica, no es propia ni puede convenir á una gran democracia, obligada á luchar constantemente para ganar el pan de cada día y conservar su puesto en la competencia universal. Si el tipo de enseñanza adoptado por el consejo superior en 1886 no era propio para satisfacer á todas las necesidades de una democracia laboriosa, la responsabilidad no es exclusiva del ministro; éste había indicado el camino; los partidarios de los estudios greco-latinos, que dictaban leyes para la enseñanza especial, no quisieron seguirlo.

La ley de 30 de octubre de 1886 sobre instrucción primaria no suscita las mismas críticas que la reforma incompleta de la segunda enseñanza especial. Dicha ley es una de las que más aplausos valieron á Goblet, que sostuvo brillantemente la discusión de la misma en el Senado, donde la derecha y el centro izquierdo disidente, y aun algunos individuos del centro izquierdo puro, dirigieron sus principales ataques contra la secularización de la enseñanza. El artículo 12 confiaba la instrucción á un personal exclusivamente seglar en las Escuelas públicas de todo orden; ningún congregacionista podía ser nombrado para las Escuelas públicas de los departamentos en que hubiese cuatro años que existía una Escuela normal de maestros ó de maestras. Los congregacionistas debían ser reemplazados, en las escuelas públicas de niños, cinco años después de la promulgación de la ley; las religiosas debían serlo, en las escuelas públicas de niñas, á medida de las vacantes, sin plazo previamente determinado para la ejecución de la ley.

Varios senadores del centro izquierdo y de la izquierda habían pedido que se quitasen á los prefectos y se devolviesen á los rectores las atribuciones de nombrar á los maestros y á las maestras. El ministro y el ponente de la comisión, Sr. Ferrouillat, combatieron la enmienda por razones políticas.

En la Cámara, la ley no fué atacada más que por la derecha, cuyas enmiendas fueron todas desechadas. La izquierda, á fin de acabar con una discusión que hacía años que duraba, se había concertado para aceptar sin modificaciones el texto senatorial, que fué adoptado el 27 de octubre. La ley de primera enseñanza era un nuevo golpe para la del 15 de marzo de 1850, que ya no subsistía sino en los artículos concernientes á la segunda enseñanza, y puede considerarse como el acto más importante del tercer ministerio Freycinet, pues ningún

otro tuvo una influencia más beneficiosa y decisiva sobre toda una serie de generaciones.

Once días después de la promulgación de la ley, uno de los que habían tomado la iniciativa de su elaboración, Pablo Bert, murió en el Tonkín, víctima del cólera, sin saber que la obra en que con tanto afán había colaborado acababa al fin de ser coronada. Por decreto de 27 de enero, Freycinet había organizado el Protectorado del Tonkín y del Anam, constituido en servicio autónomo. El gobierno de París únicamente nombraba al residente general, á los dos residentes superiores de Hanoi y de Hué y á dos ó tres residentes más. Todos los demás funcionarios del Protectorado eran nombrados por el residente general. Esta medida de intelgente descentralización completó con el nombramiento de Pablo Bert para el puesto de residente general. El 29 de marzo, Lao-Kai, punto extremo de la ocupación francesa sobre el río Rojo, fué tomado, después del relevo del general Courcy por el general Jamont en el mando de las tropas del Tonkín. La administración de Pablo Bert empezó bajo buenos auspicios, mientras la comisión de demarcación continuaba su trazado de la frontera entre Lang-Son y China, y las negociaciones entabladas simultáneamente en Tien-Tsin y en Pekín tuvieron por resultado, el 25 de abril, la conclusión de un convenio comercial entre Francia y el Celeste Imperio.

Igual tranquilidad reinaba en Madagascar, donde el Sr. Le Myre de Villers desempeñaba las altas funciones de residente general, desde que las Cámaras habían aprobado el tratado del 17 de diciembre de 1885. En el Africa occidental una sublevación de las tribus negras vecinas de Bakel fué fácilmente reprimida y el Sr. de Brazza fué nombrado comisario general del gobierno en el Congo francés.

El fracaso experimentado por Freycinet en su negociación con Inglaterra respecto á las Nuevas Hébridas, que quería unir á la Nueva Caledonia, pertenece á su política exterior en que no estuvo tan bien inspirado como en su política colonial.

Después de la solución del conflicto entre Servia y Bulgaria, Grecia había permanecido en armas, esperando la ejecución del tratado de Berlín, en cuanto le concernía, es decir, las compensaciones que le habían sido prometidas, y mantenía reclamaciones que hubieran tenido alguna probabilidad de ser admitidas por Europa, cuando todas las potencias temblaban á la idea de que la guerra pudiese generalizarse en la península de los Balkanes, pero que ya no tenían ninguna, una vez zanjada la cuestión entre los beligerantes del Norte. Y este fué el momento que escogió Freycinet para ordenar, el 23 de abril, al Sr. de Mouy que remitiese al Sr. Delyannis una nota en que Francia aconsejaba á Grecia que se mostrase conciliante. Dos días después, Delyannis cedió á los consejos de Francia y el 26 de abril enteró de su resolución á los ministros de Alemania, Austria, Inglaterra é Italia residentes en Atenas.

Aquella misma tarde, los ministros de las cuatro potencias, sin ponerse de acuerdo con el de Francia, entregaron un ultimátum á Delyannis, que lo desechó, y el 7 de mayo los representantes de las Cuatro salieron de Atenas. El Sr. de Mouy no tardó en seguirles: Freycinet lo había llamado con el pretexto de conferenciar con él, mientras la escuadra internacional bloqueaba

las costas de Grecia. Las Cámaras se hallaban demasiado ocupadas en la cuestión de los príncipes para que Freycinet fuese interpelado sobre el aislamiento diplomático en que su ligereza había colocado á Francia. Las cosas, sin embargo, fueron mejor de lo que se podía esperar: después de la retirada de Delyannis, Tricoupis se comprometió al desarme y, el 8 de junio, levantóse el bloqueo de las costas griegas.

Freycinet, indeciso, como siempre, en su política exterior, con intermitencias de firmeza, dejó contestar por el rey de los belgas la frontera trazada entre las posesiones francesas y las del Estado libre del Congo, conforme al acta general de la Conferencia de Berlín. Si las tropas francesas, enviadas á las Nuevas Hébridas para la protección de sus compatriotas, plantaron en ellas la bandera de su nación, Freycinet se excusó de ello en Londres, dando á entender que aquella ocupación sería efímera.

Más escuchado por León XIII, Freycinet obtuvo del Vaticano la ruptura de las negociaciones entabladas por China para el envío de un nuncio á Pekín, con lo cual Francia conservaba la influencia que le daba en el Extremo Oriente el Protectorado de las misiones católicas. León XIII, que en 1880 había negociado con Freycinet la sumisión de las congregaciones no autorizadas; que había recibido en junio de 1883 una carta de Grevy en que el presidente de la República le decía: «Vuestra Santidad puede mucho sobre los enemigos de la República;» que había contestado á dicha carta el 8 de febrero de 1884 exhortando á los obispos á que no se mostrasen hostiles al gobierno, aprovechó la ocasión para hacer á Francia una concesión que convenía á sus secretos designios. Francia era el mejor terreno para la evolución política y social de la Iglesia, cuya señal iba á dar el papa muy pronto.

Mientras que en Madagascar Francia parecía querer exigir el respeto absoluto del tratado de 1885, en el Cambodge parecía dispuesta, por razones de economía, á dejar á Norodom más independencia de la que le reconocía el tratado de 17 de junio de 1884.

El discurso pronunciado por Freycinet el 29 de noviembre en la discusión de los créditos pedidos para el Tonkín, fué su último acto como ministro de Negocios extranjeros. Los Sres. Raül Duval y Jorge Perin habían pedido una vez más la evacuación: el presidente del Consejo tuvo que plantear la cuestión de confianza para obtener de una Cámara francesa que Francia conservase el Tonkín; una mayoría de 24 votos zanjó la cuestión contra los partidarios de la evacuación, que eran todos los diputados de la derecha, todos los de la extrema izquierda y muchos de la izquierda radical.

Cuatro días después, la derecha y la extrema izquierda y unos veinte diputados de la izquierda radical tomaron su revancha sobre los subprefectos y sobre el gobierno. Una enmienda suprimiendo todas las subprefecturas á partir del 1.º de enero de 1887, fué adoptada por 262 votos contra 249, á pesar de la opinión en contra del ministro del Interior y del presidente del Consejo. Media hora después de este voto el gabinete había presentado su dimisión.

El tercer ministerio Freycinet había vivido once meses y había vivido á fuerza de concesiones y debilidades, soportando la protección altiva y caprichosa de Clemenceau, contribuyendo á hacer todavía más ingo-

bernable á la Cámara elegida en 1885, contribuyendo también á aquel desprestigio del poder y á aquella perversión del espíritu público que tan lamentables hicieron el final de la presidencia Grevy y el final de la legislatura de 1885.

En la crisis política creada por el derrocamiento de Ferry y por las elecciones de octubre de 1885, el ministerio Brissón, el tercer ministerio Freycinet y los demás gabinetes que les siguieron, las dos elecciones presidenciales de 1885 y 1887, el wilsonismo y el boulangismo no son más que incidentes de importancia secundaria, porque no son más que efectos cuya causa debe buscarse en la Asamblea misma, en sus disensiones, que duraron hasta el último momento, en su falta de sentido político, en la sucesión trastornadora de sus mayorías sin duración y sin consistencia.

XVII

La crisis ministerial abierta por la retirada de Freycinet fué larga, confusa y agitada. Dos de los tres grupos de la izquierda y un miembro del gabinete dimite intervinieron en ella, contribuyendo á hacer más difícil la tarea del presidente de la República, sin ilustrarlo en lo más mínimo, mientras públicamente se hablaba de un Congreso de revisión, de una dictadura militar y de una marcha popular sobre el Elíseo.

Un periódico impreso en Limoges, *La Francia militar*, que recibía las confidencias y las comunicaciones del general Boulanger, lo había designado claramente para la dictadura. El 9 de diciembre, la *Agencia Havas* dió á conocer á toda Francia una carta dirigida por el gabinete del ministro de la Guerra al Sr. Lavauzelle, director de *La Francia militar*, carta extraña, escrita en estilo familiar, que trataba de las cosas más graves casi en broma y que contenía esta pregunta: «¿Qué se debe contestar á los que ya no sólo pretenden que estéis subvencionado por el ministro de la Guerra, sino que lo estáis por sus peores enemigos?» La *Agencia Havas* no puso en conocimiento del público la contestación que el Sr. Lavauzelle debió dar. *El Intransigente* y *La Linterna*, que aún no eran los *Monitores* oficiales del ministro de la Guerra, nada dijeron, y la personalidad del general Boulanger conservó su carácter peligrosamente enigmático. En diciembre de 1886, este general era aún posible en un gabinete parlamentario, si el jefe del gabinete no profundizaba las cosas, pero ya hubiera podido figurar en un gobierno de golpe de Estado.

El presidente de la República no empezó sus gestiones para la solución de la crisis ministerial hasta el 6 de diciembre, después de haber concedido dos días enteros á las deliberaciones de los grupos parlamentarios. Inaugurando una costumbre que había de convertirse en regla, Grevy dirigió en primer lugar á los presidentes del Senado y de la Cámara, Sres. Le Royer y Floquet. Luego acudió sucesivamente á Freycinet, que contaba con todas las simpatías y preferencias del Elíseo; á Brissón, á quien no querían tanto; á Julio Ferry, á quien no se quería poco ni mucho, y circuló el rumor de que se había encargado definitivamente á Floquet que constituyese el gabinete. Poco después se supo que